



CARLOS CABRERA<sup>1</sup>

Universidad de Salamanca - [clcabmor@usal.es](mailto:clcabmor@usal.es)  
Artículo recibido: 02 /02/2012 - aceptado: 05/03/2012

## REFLEXIONES SOBRE LA APASIONANTE «BIOGRAFÍA» DE LAS PALABRAS

### RESUMEN:

El artículo, dentro del marco temático de la biografía y autobiografía, pretende hacer una breve reflexión por la trayectoria «biográfica» de algunos términos, específicamente sobre su origen etimológico. Son varias las cuestiones tratadas: desmentir muchas historias falsas sobre el origen etimológico de algunos casos y analizar las múltiples y curiosas razones que pueden estar en la base histórica de la creación de un término. Finalmente el artículo se centra en el estudio etimológico de varias palabras, en torno a tres bloques: a) etimología en las partes del cuerpo; b) presencia de nombres de dioses en el origen de algunas palabras; y c) el trasfondo cultural que se oculta en el origen de ciertos términos.

PALABRAS CLAVE: Etimología, historia, léxico, semántica, orígenes

### ABSTRACT:

The article, under the topic «biography and autobiography», intended to reflect briefly on «biography» of terms, particularly their etymological origin. There are several issues involved: many false stories about the etymology of some cases and analyze the many curious reasons that may be on the historical basis for the creation of a term. Finally, the article focuses on the etymological study of several words, around three blocks: a) etymol-

<sup>1</sup> CARLOS CABRERA es profesor de la Universidad de Salamanca, institución académica donde obtuvo su doctorado con la distinción de Premio Extraordinario de Doctorado. Actualmente forma parte del Departamento de Lengua Española de la USAL, del que fue subdirector varios cursos. Tuvo una gran implicación en la puesta en marcha del DELE, donde ha sido coordinador y creador de pruebas. Desde hace más de 25 años ha enseñado a múltiples programas universitarios en España y en cursos de formación de profesores de ELE. Actualmente participa en diferentes proyectos de investigación, el último firmado por la USAL y la Universidad del Cairo con el propósito de crear un Master de Español en Egipto. Igualmente ha sido profesor de Middlebury College desde 1990, donde durante cinco veranos ocupó el cargo de subdirector de la Escuela Española. Entre sus múltiples publicaciones sobre gramática e historia del español, está pendiente de que se publique su última obra *Gramática Visual del Español*, destinada a la formación de estudiantes de nivel avanzado y superior así como a profesores de español como 2L.

ogy and parts of the body, b) presence of names of gods in the origin of some words, and c) the hidden cultural background at the origin of certain terms.

KEYWORDS: Etymology, History, Lexicon, Semantics, origins

Las palabras han sido desde siglos remotos una realidad inherente a los seres humanos. Por tal motivo, su vida se aproxima bastante a la nuestra: nacen, se desarrollan, evolucionan y, en ocasiones, también mueren, llegando a alcanzar incluso su inmortalidad en ese particular cielo al que van a parar las palabras muertas que son los diccionarios históricos. Podría, pues, afirmarse que detrás de cada vocablo se oculta una particular biografía léxica, no siempre fácil de indagar. Uno de los momentos más interesantes en el ciclo vital de las palabras es su nacimiento, a cuyo estudio se dedican afanosamente los etimólogos sin poder llegar muchas veces a conclusiones definitivas. Ha sido frecuente, por ejemplo, considerar que la palabra *tabaco*, era una voz caribe que hacía referencia a una planta y a la pipa donde se fumaban sus hojas; sin embargo, hoy se cree que, pese a la innegable ascendencia americana del arbusto, la palabra *tabaco* está emparentada con la voz del árabe clásico, *tubbaq*, que designaba diversas hierbas medicinales de efecto somnífero, conocidas en España años antes del descubrimiento de la planta caribeña.

El origen de un buen número de términos siendo todavía incierto como ocurre con *aro*, *bosque*, *caspa*, *gamberro*, *gorra*, *merluza*, *pizarra*, *rebaño*, *roca*, etc.; o incluso abiertamente desconocido: aún hoy seguimos preguntándonos de dónde vendrán los *becerros* o los *gafes*. Ante tanta incertidumbre no es extraño que se hayan generado de vez en cuando explicaciones etimológicas, carentes de rigor científico, pero muy imaginativas y rodeadas de un aura legendaria. Así ocurre con la palabra *cadáver*, del latín CADAVER, relacionada posiblemente con el verbo CADERE ‘caer’, en el sentido de ‘cuerpo caído, muerto’. Sin embargo, ha sido frecuente escuchar que *cadáver* proviene de un acrónimo formado por las primeras sílabas de la expresión latina *caro data vermibus* ‘carne dada (entregada) a los gusanos’, una inscripción que supuestamente se colocaba en las tumbas romanas. Además de que no hay constancia de la existencia de tales inscripciones, tampoco está claro que a un cuerpo enterrado se le llamara cadáver; pese a la dudosa fiabilidad del texto de las *Etimologías* de S. Isidoro, llamamos la atención sobre la siguiente cita del Libro XI:

«omnis autem mortuus aut funus est, aut cadaver; funus, si sepeliatur; cadaver autem est, si insepultum iacet» (‘Un hombre muerto puede ser *funus* o *cadáver*; es *funus* si ha sido enterrado, en cambio es *cadáver* cuando aún no ha sido sepultado’).

Así pues, parece que la carne entregada a los gusanos sería, en todo caso, *funus* y no *cadáver*. La voz latina *funus* no dejó descendencia directa en español, aunque de su raíz derivan otros términos como *funeral*, *fúnebre*, *funesto*, pero también *funambulismo*: *funus* significaba en latín ‘cuerda’, y era con cuerdas de cera y junco con lo que se transportaba a los cuerpos muertos, al igual que es sobre una cuerda por donde andan (o ambulan) esos acróbatas llamados *funámbulos*. Otro curioso ejemplo lo encontramos en el malsonante verbo inglés FUCK, de origen incierto, vinculado posiblemente a alguna raíz germánica responsable de vocablos de similar significado en otras lenguas afines, como el alemán *ficken*. No obstante, circula la leyenda de que en la Inglaterra medieval (bien por cuestiones de puritanismo o de control sanitario en una época castigada por las epidemias) era necesario solicitar una autorización al Rey para mantener relaciones sexuales. Una vez conseguida, se colgaba un cartel en la puerta de las casas para anunciar que allí se practicaba Fornicación bajo consentimiento del Rey (*Fornication Under Consent of the King*), cuya abreviación sería el origen del FUCK. A mi modo de ver, la explicación resulta poco creíble, no sólo ya por la falta de certeza histórica de que realmente hubieran sido necesarios en aquella época permisos reales para que un matrimonio mantuviera relaciones sexuales, sino simplemente porque desde un punto de vista lingüístico no tendría mucho sentido hablar de *fornicación* dentro del ámbito conyugal, ya que desde su origen este vocablo se ha referido siempre a ayuntamientos carnales fuera del matrimonio. La etimología nos recuerda que *fornicar* procede del latín *fornix-fornicis*, que significaba arco o bóveda; el hecho de que las prostitutas romanas esperaran a sus clientes en calles y puentes debajo de los arcos y bóvedas provocó por extensión el nacimiento de términos como *fornicari* (‘formicar’) o *fornicatio* (‘fornicación’), referidos desde entonces, como decíamos antes, a encuentros carnales de carácter extraconyugal.

La investigación etimológica permite dar cuenta de lo azaroso e imprevisible de las circunstancias y conexiones semánticas que provocan a veces el nacimiento de un término: la primera película que Alfred Hitchcock rodó en EE.UU tuvo tal éxito en España que su título, *Rebeca*, empezó a usarse para designar un tipo de chaqueta de punto y abotonada, similar a la que lucía la actriz protagonista Joan Fontaine en este inquietante filme; un antiguo juego de lotería, conocido en Europa al menos desde el siglo XVI, y que se basa en marcar cartones con números extraídos al azar, empezó a popularizarse en Norteamérica a principios del S. XX en pueblos y ferias, donde era costumbre que los jugadores señalaran los números colocando sobre el cartón una alubia o frijol, en inglés ‘bean’, término que está en la base del actual nombre del juego: *bingo*; otras palabras nacieron en tiempos y lugares muy diferentes como, por ejemplo, en las cocinas de la Antigua Roma: los latinos, siguiendo una receta griega, preparaban el hígado de los gansos (hígado en latín era *jecur*) sumergiéndolo previamente en leche con miel,

lo que le daba un sabor y aroma dulzón parecido al de los higos. Este exquisito manjar del mundo clásico era conocido como *ficatum jecur* (algo así como ‘hígado alimentado/cebado con higos’). Pero fue la palabra relacionada con los higos (*ficatum*) la que originó la actual palabra *hígado*, y no el término *jecur*, que era como en latín se denominaba a este órgano. Hechos tan distintos como bailar a ritmo de *salsa* comernos una *ensalada* o gastar en las rebajas nuestro *salario* tienen todos que ver con la palabra *sal*. Esta sustancia salina es la encargada de sazonar etimológicamente el sabroso son caribeño (*salsa* significa ‘salada’); también es el condimento que debe añadirse a una mezcla de verduras, pues sin sal no sería propiamente *ensalada* en lo que respecta a su sabor etimológico; y fue la sal un preciado producto que en algunos momentos de la Antigüedad latina sirvió como medio de pago –el salario. Y, por poner un ejemplo más, me referiré al *matrimonio*, un vínculo tan apasionante como lo es también su historia etimológica. El término deriva del latín *matrimonium*, una forma compuesta a su vez de dos elementos: «*mater-matris*» ‘madre’ y «*monium*», que quiere decir ‘calidad de...’, ‘oficio’. Por tanto, la palabra matrimonio en español está formalizada etimológicamente en torno a la mujer y su aportación a él en relación a la maternidad. Sin embargo, en inglés o en francés, la situación es muy distinta ya que en estas lenguas la base etimológica de la institución matrimonial no es la mujer sino su componente masculino, el *marido*, del latín *maritus*, base del verbo *maritare*, de donde proceden los anglicismos *to marry* y *marriage*, o el galicismo *mariage*. Pero los matrimonios a veces pueden depararnos alguna que otra sorpresa etimológica: circulan algunas historias que parecen relacionar una deformación fonética del galicismo *mariage* con el origen de la jalisciense palabra *mariachi*, durante el periodo de intervención francesa en territorio mexicano en 1862, posiblemente por algún tipo de conexión entre la presencia francesa, las bodas y esta música tan estrechamente vinculada a los festejos nupciales en México. Sin embargo, esta interpretación, que es la que aún se sigue defendiendo en el DRAE, plantea cada día mayor incertidumbre. Algunos aseguran que la palabra *mariachi* ya aparece documentada en una fecha anterior a la llegada de los franceses, y hacía referencia a un árbol usado para fabricar las guitarras y los tabladillos de madera donde se bailaba dicha música; el término se ha relacionado también con el comienzo de un antiguo canto religioso, mezcla de español, latín y quechua, que decía «*Maria ce son*» (te amo, María; incluso algunos ven detrás una voz maya *mariamchi*, que significaba ‘los que tienen mi misma sangre o mi mismo espíritu’).

A fin de centrarnos en otros casos significativos de «biografías» léxicas, nos referiremos a términos vinculados a tres bloques temáticos:

I. En primer lugar, querría referirme a algunas etimologías vinculadas a la presencia de una metáfora o comparación humorística en la formación de un tér-

mino. Este procedimiento sigue funcionando hoy en referencia a varias partes del cuerpo: las *patas*, propias de animales y muebles, pueden ser también metafóricamente nuestras *piernas*; a la cabeza la denominamos de manera figurada *coco*, *melón*, *calabaza*, *azotea*, *cráneo*, *tarro*, *olla*, *chola*, *mollera*, *sesera*, *casco*, *crisma*, etc.; y cuando los rollos de grasa se acumulan en nuestra cintura, en España solemos quejarnos de tener *micHELINES*, en alusión a la forma anatómica del famoso muñeco Michelín; y, manteniendo el mismo referente de la comparación con el neumático, en algunas partes de América a estos pliegues de adiposidad abdominal se les denomina *llantas* o *llantitas*. Metáforas similares fueron comunes en el latín coloquial, y muchas de ellas pasaron a las lenguas románicas, donde perdieron casi siempre su primitivo valor humorístico: los latinos al hueso delgado de la pierna lo llamaban *flauta*, es decir, *tibia*; y a la cabeza la comparaban por su forma y dureza con una maceta u olla de barro, en latín *testa*, origen del italiano *testa*, del francés *tête* y forma integrante de nuestra voz *testarudo*. Los latinos llamaban al *brazo* ‘bracchium’, término procedente del griego βραχιων (bráxion), comparativo del adjetivo βραχυσ (bráxús) ‘corto’, por referencia a que el espacio de la extremidad superior entre el hombro y el codo era más corto que el comprendido entre el codo y la mano. Así que *brazo* significa etimológicamente ‘más corto’. También denominaban «ratoncito» a la parte superior de la pierna pues su movimiento al contraerse y relajarse se les asemejaba al de un pequeño ratón, que en latín se decía *musculum*. Esta palabra se extendió a todos los músculos del cuerpo; y para esa parte de la extremidad se mantuvo la primitiva denominación, lo que hoy llamamos *muslo*. Y tanto la *rodilla* como su hueso, la *rótula*, parece que tenían un significado similar, ‘ruedecilla’, ya que ambas derivan de diminutivos procedentes de la voz latina *rota* ‘rueda’, entendida como una pieza redonda a modo de engranaje con la que se comparaba la articulación de la pierna. Las metáforas burlescas han funcionado prácticamente en todas las lenguas; por citar un caso próximo de origen no latino, me gustaría mencionar el término de procedencia náhuatl *aguacate*. Los mexicas demostraron tener muy buen sentido del humor al comparar esta fruta, por su manera de colgar del árbol, con los testículos, que es lo que significa exactamente *aguacate* en la lengua azteca. Pero también por este camino de la metáfora cómica se ha llegado a caer a veces en falsas interpretaciones. Por ejemplo, ha sido común relacionar el dedo gordo de la mano, llamado *pulgar*, con el término *pulga*, justificando que el nombre del dedo se debe a que con él se matan las pulgas. En realidad *pulgar* es un derivado de POLLEX, que, al contrario de lo que se ha dicho, nada tiene que ver con la palabra PULEX ‘pulga’, sino más bien con el verbo POLLEO, relacionado probablemente con el hecho de ser fuerte, poderoso, eficaz, hábil, propiedades éstas del dedo pulgar sobre el resto de los dedos.

II. En segundo lugar, quería hablar sobre la intervención directa de los dioses en el nacimiento de un buen número de palabras. Es un hecho conocido el caso de

la denominación de los meses del año. En el primitivo calendario romano tan solo había diez meses. El primero era *marzo* ‘Martius’, dedicado a Marte. Este dios era uno de los más antiguos y más venerados en Roma, vinculado a la leyenda de su fundación como padre de Rómulo y Remo. No era extraño, pues, que tuviera el privilegio de ser el primer mes. Marte era la divinidad de la guerra, y por eso bajo su advocación se construían las zonas militares y era en su mes cuando se emprendían las campañas bélicas de los ejércitos romanos. Todavía hoy en español hay un adjetivo relacionado con Marte vinculado al mundo castrense, *marcial*, que en el DRAE se define como ‘perteneciente o relativo a la guerra, la milicia o los militares’. Le seguía *abril*, que es el mes de origen etimológico más discutible. Ha sido *común* –a partir de las ideas sugeridas por el poeta romano Ovidio– relacionarlo con la forma ‘aprilis’, procedente del verbo latino ‘aperire’ *abrir*, basándose en la idea de que es en este mes cuando la primavera abre un nuevo ciclo natural, se abren las flores, etc. Sin embargo, y dado que estos meses estaban asignados a divinidades, es más lógico pensar que este mes romano estuviera dedicado a Venus, en etrusco Apru, y en griego Afrodita (‘Aphrodite’), diosa que había nacido de la espuma (en griego, *aphrós*). Por tal motivo, es posible que abril derivara etimológicamente de la base ‘Aphrilis’, relacionada con la mencionada diosa. Después seguía *mayo* ‘Maius’, el mes donde se honraba a la diosa latina Maia, madre de Mercurio. En este mes se celebraba una ceremonia de la que no existen muchas noticias, pero en la que al parecer sólo participaban mujeres, y en donde estaba vetada la presencia de hombres e incluso de animales machos. Maia era una divinidad asociada con la fertilidad y la maternidad, lo que explica que se festejara su mes en el momento donde la primavera alcanza su máximo apogeo. Otras teorías de menor peso conectan *mayo* con un mes dedicado a los antepasados o mayores ‘maiorus’. A continuación seguía el mes de *junio*, ‘Junius’, dedicado a Juno. Esta divinidad era la hermana y esposa de Júpiter. Representaba la feminidad y reunía los atributos que se le asignaban a la mujer dentro de una sociedad tradicional, sobre todo, los de esposa y madre. Era la protectora del noviazgo, el matrimonio, el embarazo y el parto. Los que vinculan el mes de mayo a los mayores –‘maiorus’–, piensan igualmente que el de junio podía estar dedicado a los descendientes, los ‘iuniores’. A partir de este mes, los restantes estaban simplemente numerados hasta el diez (*quintilis* ‘quinto’, *sextilis* ‘sexto’, *september* ‘séptimo’, *october* ‘octavo’, *november* ‘novenio’ y *december* ‘décimo’). Sin embargo, hacia el S. VI a.C. se añadieron otros dos nuevos meses al final del calendario: después de *december* se creó ‘Ianuarium’ (*enero*), dedicado al dios Jano (Janus). Este dios de la mitología romana, sin equivalente en la teogonía griega, era el dios de las puertas, los comienzos y los finales. Se le invocaba al empezar una guerra, y las puertas de su templo permanecían abiertas mientras aquella duraba. Y finalmente, cerrando el año, ‘Februarium’ (*febrero*), vinculado al dios Februus, dios de los muertos y la purificación (algunos creen que se trata de la misma divinidad que Plutón; otros lo conectan al dios etrusco Febris, dios

de las enfermedades, razón que ha hecho suponer a veces la relación de Febris con la palabra *fiebre*). En este mes los romanos celebraban unas conocidas fiestas de purificación dedicadas a este dios, las llamadas Februa, que se llevaban a cabo en este mes para expiar las culpas cometidas a lo largo del año<sup>2</sup>.

Dos siglos después, Julio César encargó a Sosígenes, astrónomo de Alejandría, un nuevo ajuste del calendario, que originó en el año 46 a. C. la implantación del llamado calendario juliano, que estuvo vigente hasta la reforma del papa Gregorio XIII en 1582, a la que nos referiremos después brevemente. Hay ciertos hechos curiosos a nivel etimológico que tienen lugar con la mencionada reforma de Julio César. Por ejemplo, en el año 44 a. C., por iniciativa de Marco Antonio, que quiso halagar la vanidad del dictador romano, el mes Quintilis, mes de nacimiento de César, fue renombrado como 'Iulius' (el mes de *Julio*). Este mes tenía 30 días, pero pasó a tener 31 quitando un día a febrero (que de los 30 días con los que contaba se quedó con 29). En este nuevo calendario también se estableció que a dicho mes de febrero (ya con 29 días) se le añadiera cada cuatro años un día más. Esto se haría duplicando el día 24. Por tanto cada cuatro años, febrero tendría dos días 24: un día 24 y un día 24 bis; el día 24, según la manera que los romanos tenían de contar los días, era el «ante diem sextum calendas martias», es decir, 'el día sexto antes del 1 de marzo'; por tanto cada 4 años el día 24 bis se convertía en el «ante diem bis sextum calendas martias», esto es, 'el día bis sexto antes del 1 de marzo', de donde procede el actual término *bisiesto*. Posteriormente cuando el hijo adoptivo de Julio César –Augusto– llegó a ser emperador, consiguió para no ser menos que su antecesor que el senado en el año 23 a.C. le dedicara el mes Sextilis, que pasó a ser el mes de 'Augustus' (*agosto*), que, por cierto, tenía 30 días, un día menos que el de 'Iulius', razón por la que el emperador no tuvo reparos en quitarle nuevamente un día al mes de febrero para añadirsele a su mes, con lo que febrero quedó hasta hoy con 28 días.

También los dioses están etimológicamente presentes en la denominación de los días de la semana: por ejemplo, del dios Marte tomó su nombre el día *martes* (MARTIS DIES); y a Júpiter está dedicado el IOVIS DIES, el *jueves*. La tradición germánica cambió a algunos dioses romanos por los de su propia teogonía; a Mercurio, presente en el MERCURII DIES (*miércoles*) lo sustituyó Odín (en anglosajón, *Woden*) de donde procede *Wednesday*; y el día de Júpiter (el *jueves*) se convirtió en el día del dios del trueno Thor (*Thursday*). El viernes, VENERIS

<sup>2</sup> En el S. II a C. (concretamente en el año 153 a. C.) estos dos últimos meses pasaron a ser los primeros, colocándose al comienzo el mes dedicado a Jano, dios de las puertas, a quien era frecuente invocar públicamente cada vez que se iniciaba un nuevo año. Este cambio de ubicación de 'Ianuarium' y 'Februarium' provocó que los meses con referencia numérica quedaran fuera de orden (actualmente los meses de *septiembre*, *octubre*, *noviembre* y *diciembre* ya no son respectivamente los meses siete, ocho, nueve y diez, como señala su etimología).



DIES, era el día de Venus, , diosa que en la tradición germánica era Frigga, divinidad del amor y la fidelidad, base del término Friday.

La presencia divina en la formación de una pequeña parte de nuestro universo etimológico no se reduce a simples cuestiones astronómicas o de calendario sino a muchos otros ámbitos semánticos: las aspas de los molinos que un día vencieron a D. Quijote, con la innegable colaboración de Eolo, dios de los vientos, son las mismas que hoy producen, bajo la intercesión lingüística de la misma divinidad, la energía *eólica*; la etimología ha convertido a Venus, la diosa del amor, en propiciadora de las enfermedades *venéreas*; y los que hemos nacido a las faldas de un *volcán* sabemos que en las profundidades etimológicas de esas montañas irascibles habita el dios Vulcano, siempre dispuesto a crear dificultades a los mortales que osamos surcar los cielos en unas extrañas *aves* que mutaron etimológicamente hasta transformarse en *aviones*.

El emparentamiento etimológico de alguna palabras a los nombres de los dioses puede ser, en ciertos casos, más o menos evidente: *cereales* se relaciona con Ceres, la diosa romano de la agricultura y las cosechas; el adjetivo *afrodisiaco* está conectado al nombre de la diosa griega Afrodita, de la misma manera que los adjetivos *apolíneo* o *erótico* se formalizaron con los nombres de los dios romano Apolo o el dios helénico Eros respectivamente. Igualmente es bastante conocida la referencia al dios de los musulmanes en el adverbio *ojalá*, cuyo actual valor desiderativo procede de la expresión árabe *law sha'a Allah* 'Si Dios quisiera que'. Sin embargo, hay otras palabras donde el rostro etimológico de las divinidades se nos muestra de manera más velada y oculta: los griegos creían en el dios Pan, divinidad de los pastores y rebaños, mitad hombre, mitad macho cabrío, terror de ninfas y muchachos por la incontenible lujuria de este dios; por eso, no es extraño que en la lengua griega fuera común la expresión «miedo causado por Pan», esto es, *deima panikón*. El término *panicón* llegó al latín como *panicus*, responsable de nuestro *pánico*. No es menos curioso el origen de la denominación de un gas que se extraía de una zona cercana a un oasis en Libia, donde estaba enclavado un templo dedicado al dios egipcio Amón. Por eso los griegos se referían a esta sustancia gaseosa por el lugar del que se extraía, 'del oasis de Amón', expresión que en la lengua griega era *ammoniakón*, en latín, *ammoniacus* y en español, *amoniaco*. Y también me gustaría hacer mención de la palabra con la que desde finales de la EM empezó a llamarse al apéndice piloso que crece sobre el labio superior, el *bigote*. Una de las teorías más extendidas relaciona este término con una fórmula de juramento que hacían los soldados germánicos, pronunciando «bei Got», 'por Dios', al tiempo que se atusaban con la mano dicho aderezo capilar. Según cuenta Corominas (1984: I, 583-585), en Europa durante el S. XV se extendió la costumbre de blasfemar, y tuvo que ser frecuente ya desde finales de ese siglo con la llegada a España de los primeros miembros de



los Habsburgo, ver a los cada día más numerosos soldados centroeuropeos pronunciando de manera blasfema en posadas y tabernas esa extraña exclamación. De esta manera, los españoles de la época debieron de aplicar la expresión «*bei Got*» (bigot) como una especie de mote para aquella soldadesca extranjera, cuyos prominentes mostachos acabaron finalmente llamándose también bigotes por una extensión metonímica del término.

III. En tercer lugar haremos referencia a palabras, cuyo origen etimológico permite arrojar luz sobre ciertos hechos relevantes desde un punto de vista cultural o histórico, y, al mismo tiempo, poner al descubierto determinados parentescos léxicos realmente sorprendentes. Me limitaré a trazar una breve semblanza de dos interesantes palabras: *amarillo* y *verde*.

La primera acepción de *amarillo* recogida en el *DRAE* (2002) señala: ‘De color semejante al del oro, la flor de la retama. Es el tercer color del espectro solar’ Esta definición refleja el carácter positivo que adquirió este color en algunos momentos del mundo clásico como símbolo de valor y pureza, asociado a la divinidad y al poder. Sin embargo, también coexistía otra connotación radicalmente distinta, más vinculada a su etimología. *Amarillo* es un diminutivo del adjetivo latino *amarus* ‘amargo’ (*amarellus* ‘amarillo’ significa literalmente ‘amarguillo’), posiblemente en referencia a la hiel o bilis, la sustancia amarga que segrega el hígado y que debe su color amarillo a un pigmento conocido como la bilirrubina. Cuando ésta, por alguna disfunción aumenta su nivel en la sangre, la piel adquiere un tono amarillento. En la EM, y ya desde la medicina hipocrática, el color amarillento era reflejo de una patología motivada por un exceso de uno de los humores (‘líquidos’) del cuerpo, la bilis amarilla. A los que padecían esta enfermedad, hoy llamada *ictericia*, del griego ‘*ikteros*’ ‘amarillo’, en latín se les llamaba ‘*amarelli*’. La vertiente semánticamente negativa de este color, vinculada a la enfermedad, fue la que se extendió ampliamente a lo largo de la EM: cuando en una ciudad era izada una bandera amarilla significaba que se había declarado la peste, de la misma manera que todavía hoy su presencia en un barco avisa de una epidemia a bordo que obliga a la nave a permanecer en cuarentena. Por extensión, el carácter negativo de dicho color provocó que éste se convirtiera en un estigma de rechazo social y religioso: prostitutas, madres solteras, herejes, etc., fueron señalados en muchos momentos con vestiduras amarillas, a modo de proscritos de la Iglesia, al igual que el apóstol traidor Judas, a quien con frecuencia la iconografía representaba vestido con una túnica amarilla. La animadversión hacia los judíos en la época medieval se materializó en múltiples dictámenes, como el del Concilio de Letrán de 1214, según el cual éstos debían ser reconocidos externamente con algún tipo de distintivo o vestimenta, a la que asignó, como no podía ser de otra manera, el amarillo, el mismo color con el que se volvió a marcar a los prisioneros judíos durante el nazismo. En este contexto

hay que entender algunos episodios históricos vinculados al antijudaísmo, más comunes a partir de los primeros años del S. XIII, cuando los Papas pusieron especial énfasis en que los judíos usaran ropas o elementos distintivos (alguna enseña cosida en la ropa, broches, capas, sombreros, etc.) que los diferenciaron de los cristianos; para estas marcas externas se asignó también el amarillo, el mismo color que volvieron a usar los nazis para señalar a los prisioneros judíos en los campos de concentración. Por si estos no fueran ya suficientes ejemplos de amargura amarilla, el azar y la etimología se aliaron para extender hasta hoy la leyenda de que Molière murió en escena vestido de amarillo representando la obra *El Enfermo Imaginario*, convirtiendo a este color en un tabú entre los hombres y mujeres del mundo del teatro.

Dentro de la fraseología del español encontramos expresiones como *Mas vale ponerse una vez colorado que ciento amarillo*, que hace referencia al hecho de que es preferible afrontar con firmeza una situación difícil, que repudrirse indefinidamente callándola. Estas referencias históricas sobre el amarillo son las que explican la letra del archiconocido estribillo del célebre merengue de J. Luis Guerra «La bilirrubina» («Me sube la bilirrubina cuando te miro y no me miras»), donde se sugiere que la falta de amor nos enferma, nos hace palidecer, nos amarga, «nos viste el rostro de amarillo», como se señala en otra parte de la canción.

Y ya por último, pasemos del marchito amarillo al floreciente verde. La palabra procede del adjetivo VIRIDIS, que en latín no sólo tenía una acepción puramente cromática sino que se extendía también a la idea de fuerza y vigorosidad de la naturaleza por la presencia de este color en hierbas y plantas, cuando éstas brotan con todo su esplendor en la primavera. Pero también el verde se aplicaba por extensión al vigor y a la fortaleza que acompaña a la edad joven. En español parece evidente esta conexión: todavía en la última edición del *DRAE (2002)* se recoge en 9º lugar la siguiente acepción de *verde*: «se dice de los primeros años de la vida y de la juventud». También la atribución de este adjetivo con SER o ESTAR (como bien saben muchos de nuestros estudiantes de gramática) refleja una doble vertiente significativa: se dice que *una uva es verde* si queremos referirnos al color verde de su piel; pero si se afirma que *está verde* es porque consideramos que la fruta está aún demasiado joven y no ha alcanzado su madurez. Otro ejemplo aun si cabe más interesante lo aporta la conocida locución *viejo verde*: en latín, un viejo verde o *senex viride* era simplemente una persona mayor de espíritu lozano, juvenil o de aspecto físico saludable, como se comprueba en la descripción que Virgilio hace en *La Eneida* (VI, 304) de la ancianidad de Caronte, dios de los infiernos:

*iam senior, sed cruda deo viridisque senectus*

(«Ya era bastante viejo, pero era la vejez del dios fresca y verde»)

Este mismo valor semántico todavía podemos comprobarlo en el *Thesoro* de Covarrubias (1611), donde se describe la expresión «estarse uno verde» como «no dexar la loçanía de moço aviendo entrado en edad». Pero a lo largo del S. XVII la locución *viejo verde* fue derivando a su actual acepción de viejo lujurioso que manifiesta excesivas proclividades libidinosas, especialmente hacia chicas jóvenes, y que se corresponde más bien con lo que en latín era un *senex amator*, cuyos rasgos son lo que constituyen actualmente la definición de viejo verde en el DRAE (2002): «que conserva inclinaciones galantes impropias de su edad o de su estado».

Otro asunto de gran interés es la relación de *verde* con palabras aparentemente distantes; Fernando Navarro (2002) argumenta, por ejemplo, la conexión entre *verde* y *verdugo*, pues este último, antes de designar al ejecutor de una pena capital, era una simple rama o vara verde que se usaba para azotar a alguien considerado culpable de un delito. Navarro también defiende la conexión de VIRIDE con otros vocablos latinos que comparten la raíz VIR; por ejemplo, VIRGA ‘rama, vara, retoño’ de donde derivan en español el término *verga* –una de las tantas denominaciones metafóricas del miembro viril– o el cultismo *virgula* (diminutivo de *virga*) ‘ramita, varita’, y por extensión, rayita o línea muy delgada, que es como llamamos al pequeño trazo que se coloca sobre la ñ. Igualmente VIRIDE parece estar relacionado con VIRGO-VIRGINIS ‘virgen, doncella, muchacha’, como se defiende en el Libro XII de las *Etimologías* de S. Isidoro:

«Virgo a viridiori aetate dicta est»  
(‘El nombre de virgen le viene de su edad más verde’)

Esta relación entre *verde* y *virgen* establece una conexión etimológica entre los estados norteamericanos de Vermont y Virginia, aportando el primero el verde de sus montañas y el segundo, la referencia a la Reina Virgen (the *Virgin Queen*), sobrenombre con el que se conoció a Isabel I de Inglaterra, en cuyo honor recibió su denominación dicho estado.

En definitiva, la investigación etimológica nos retrotrae a la búsqueda del sentido auténtico de las palabras, a comprobar las razones de cómo se generaron y cómo se han ido transformando con el paso de los siglos, haciendo que su historia se convierta en una de las más apasionantes biografías que a los lingüistas nos corresponde relatar.

## REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Corominas, J. y Pascual, J.A. *Diccionario crítico etimológico castellano e hispánico*. Madrid: ed. Gredos, 1984.
- Covarrubias. S. de (1611), *Thesoro de la lengua castellana o española*, edic. de Felipe Maldonado (1995). Madrid: edit. Castalia, 2ª edic.
- Lindsay, W.M. Isidori *Hispalensis Episcopi Etymologiarum sive Originum libri XX. Liber XI: De Homine et Portentis*. Oxford. 1911 (Versión online: IntraText Edition CT)
- Navarro, F. *Parentescos insólitos del lenguaje*. Madrid: ed. El Prado, 2002.
- RAE: *Diccionario de la Real Academia Española de la Lengua*. Madrid: Espasa-Calpe, 22ª edic. 2002.
- Virgilio. *La Eneida*, edic. de Rafael Fontán (2000). Madrid: Alianza ed.